

La formación académica del estudiante universitario se encuentra en crisis por los crecientes y voraces cambios sociales, políticos, económicos y de valores que han bombardeado a la persona humana condicionándola a modificar su forma de pensar, de sentir, de desear, de conocer y de hacer para poder desempeñarse en su vida cotidiana, escolar y laboral. Estos cambios han llevado a los profesores universitarios a pensar nuevas metodologías y formas de concebir un proceso enseñanza y de aprendizaje que facilite en el estudiante, aprender a aprender, aprender hacer y aprender a sentir, todo lo aplicable a la solución de problemas, dado que se promulga que los profesionales deben egresar capacitados para actuar y transformar realidades.

En este sentido, enseñar para aprender a aprender, y aprender para no olvidar y ser indiferente a la realidad social, forma parte de los retos de las nuevas perspectivas de educación universitaria que profesan ya la idea de estructurar un sistema educativo vinculado con el trabajo, que facilite un desempeño profesional cercano a la realidad circundante y global, y que motive un pensamiento reflexivo que trascienda a lo largo de la vida. Por lo tanto, los currículos no pueden estar fundamentados en dar información, sino en educar a un estudiante competente en resolver situaciones problemáticas, y tanto en el saber-hacer como en hacer.

Aprender con la intencionalidad consciente de ser competente en todo ámbito y en cualquier contexto de interacción socio-ambiental, involucra todas las dimensiones de la persona (cognitiva, socio-afectiva, moral y ética), conduce a construir y crear operaciones racionalmente conscientes, lleva a reflexionar y preguntarse sobre el sentido, la calidad y la utilidad posterior

del aprendizaje en relación con la naturaleza específica de cada carrera y con prospectiva hacia el desempeño del futuro rol profesional.

Este proceso llama la atención sobre la participación activa y dinámica del estudiante para que él, como actor protagonista, sienta esta responsabilidad y la interiorice hasta hacerla propia, adicionando sus concepciones, su sello personal, sus valores éticos y morales para aunarlos con el conocimiento científico e imprimirle así la intencionalidad de desear y exigir el mejor aprendizaje con connotaciones de humanidad, utilidad, servicio y desarrollo social humano. Todo esto conduce a que el estudiante también aprenda a compartir y a convivir con otros fortaleciendo el sentido de pertenencia y la conciencia de que el planeta (como un conglomerado de todo tipo de vida, ecología, ambiente y cultura) nos corresponde y exige una educación que lo enaltezca y lo desarrolle para tener que ofrecer un legado fructífero a las futuras generaciones.

En consecuencia, todo esto conduce a saber enseñar bien para aprehender (aprendizaje conciente, reflexivo, interesado e intencionado) conocimientos, valores y parámetros de desarrollo personal, y llegar así a ser personas socialmente activas, útiles y capaces de involucrarse científica y afectivamente en los problemas reales de la nación.

Edy Salazar A.
Diana Lozano P.